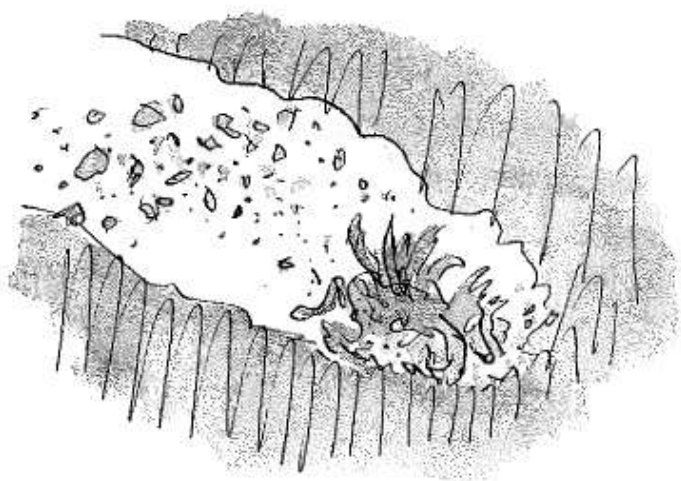


## El supergallinero del granjero Bufón

Bien, muchachos, esta vez nos dirigimos a un lugar muy especial —dijo don Zorro, indicando la dirección que debían seguir.

Y se pusieron manos a la obra. El trabajo era duro y avanzaban con lentitud, pero su tesón todo lo podía.



61

—Papá —dijo uno de los zorritos—, me gustaría saber dónde nos dirigimos.

—Es un secreto —dijo don Zorro—. Sólo te puedo decir que es un sitio maravilloso, un lugar donde todos los zorros sueñan poder estar. Y no te digo más porque se te haría la boca agua, y entonces sería peor...

Siguieron cavando durante largo, largo rato. ¿Cuánto? Ni ellos mismos lo sabían. Perdidos en la oscuridad del túnel no tenían noción del tiempo, no distinguían el día de la noche... Pero, al fin, don Zorro dio la orden de alto.

—Me parece —dijo— que ha llegado la hora de echar un vistazo para ver dónde estamos. Salgamos a la superficie y pronto veremos si hemos acertado.

Lentamente, con mucha cautela, los zorros fueron abriendo túnel hacia arriba. Subían y subían, hasta que de pronto... sus cabezas tropezaron con algo duro, que les impedía seguir.

62

No tardó mucho don Zorro en comprobar de qué se trataba.



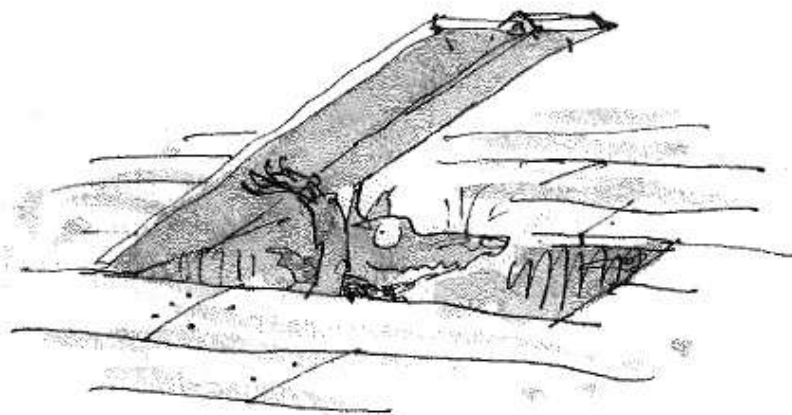
—¡Ajajá! —exclamó el raposo—. Tal como me suponía. Son tablonces de madera.

—¿Y eso qué significa, papá?

—Pues significa que estamos justamente debajo de la casa de algún fulano. Ahora

63

sólo falta averiguar si ese fulano es el que yo me imagino.



Al quebrarse, el tablón hizo un ruido espantoso y los zorros se metieron de nuevo en el túnel, creyendo haber sido descubiertos. Pero nada ocurrió. Así es que don Zorro, envalentonado, metió la cabeza por el agujero para echar un vistazo. No pudo contener un grito de alegría.

—¡Yupiii! ¡Esto es chanchi! ¡Esto es chupii! —gritaba el zorro, fuera de sí—. Lo logramos... ¡y a la primera! ¡Subid, subid hijos

míos y veréis un espectáculo que haría las delicias de cualquier zorro tan hambriento... como nosotros!

Los zorritos subieron como el rayo y al llegar arriba presenciaron un espectáculo inolvidable: su padre estaba danzando, rodeado de una nube de gallinas y pollos de todos los colores, que revoloteaban a su alrededor.

—¡Pasen, pasen, damas y caballeros! —exclamaba el buen zorro—. ¡Vean el supergallinero de ese pícaro granjero que es don Bufón, bufonero! Entrada gratis les ofrece superzorro, que acaba de abrir un túnel supersecreto!

Los zorritos estaban locos de alegría. Corrían en todas direcciones tratando de agarrar algún pollo.

—¡Alto! ¡Alto ahí! —gritó don Zorro, recobrando su juicio—. No hay que perder la cabeza. Ante todo, serenidad. Lo primero, vamos a refrescarnos.



66



Corrieron hasta el abrevadero, se dieron un buen remojón y bebieron agua en cantidad. Después don Zorro escogió tres hermosas gallinas, las agarró por el pescuezo y de una dentellada las liquidó, todo en un abrir y cerrar de ojos.

— Y ahora ¡todo el mundo al túnel! — ordenó—. ¡Vamos, no hay tiempo que perder! ¡Si seguimos aquí, nos descubrirán!

Pronto estaban reunidos de nuevo en la oscuridad del túnel. Entonces, con mucho cui-

67

dado, el astuto zorro puso los tablones de madera en su sitio, de forma que nadie supiera por dónde habían entrado.

— Hijo mío — le dijo al zorrillo mayor —, toma las gallinas y llévaselas a mamá, ¡ah y dile que me las prepare en pepitoria! Mientras vosotros preparáis el banquete, nosotros nos ocuparemos de algún asuntillo que me queda aún por liquidar.

## ¡Doña Zorra se lleva una sorpresa!

Corría veloz el zorrillo por el túnel, llevando las tres gallinas, y no hacía más que pensar: «¡Cómo se va a poner mamá cuando vea esto!». El recorrido era largo pero no paró hasta llegar al lugar donde su mamá dormía plácidamente.

—¡Mamá, mamá, despierta, mira lo que te he traído! — gritaba el zorrillo.

Doña Zorra, que se encontraba muy débil por falta de alimentos, sólo consiguió abrir un ojo. Al ver las tres hermosas gallinas que su hijo le enseñaba, dio un profundo suspiro y murmuró «debe de ser un sueño...» mientras volvía a cerrar los ojos.

69

— ¡No estás soñando, mamá! ¡Tócalas, y verás como son de verdad! ¡Nos hemos salvado, mamá!

Esta vez la zorra dio un respingo y abrazó a su hijo, sin poder creer lo que veía.

— No es posible — murmuró, restregándose los ojos —, pero si éstas parecen las gallinas del mismísimo...

— ¡Bufón! — le cortó triunfante su hijo —. ¡Y lo son, mamá, y lo son!



Y en cuatro palabras le contó a su madre la aventura del túnel, los tablones de madera

y cómo se habían colado en el supergallinero de Bufón.

El olor de las gallinas parecía haber reanimado a la hambrienta zorra.

—¡Os voy a preparar un banquete de chuparse los dedos! —exclamó mientras su hijo comenzaba a desplumar gallinas. Y añadió—: ¡Por algo llaman a vuestro padre el superzorro!

Mientras tanto, en el fondo del túnel, Superzorro seguía haciendo de las suyas:

—¡Ánimo, muchachos —decía sin dejar de cavar—, que ya estamos llegando....!

—¿Adónde? —preguntó un zorrillo.

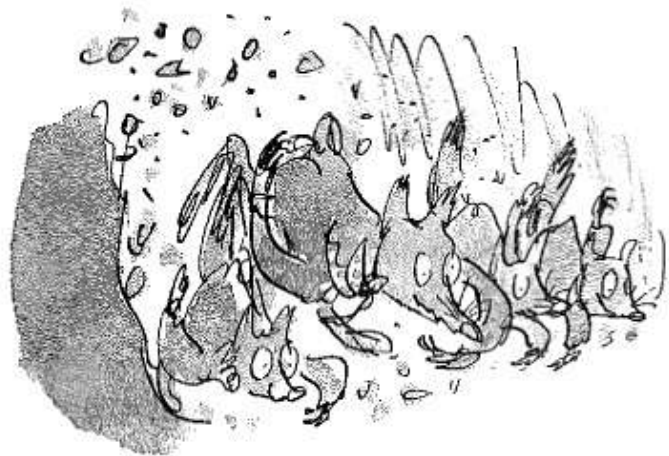
—¡Ah! Ése es otro secreto...

## Don Tejón



El zorro y sus hijos volvieron a la labor de zapa con tesón y entusiasmo. Se habían olvidado de que estaban cansados, de que tenían hambre. Sólo de pensar en el fabuloso banquete que les esperaba, con los succulentos pollos de Bufón, se les hacía la boca agua. Y no podían contener la risa al imaginarse a los tres granjeros sentados allí arriba, tan serios con sus escopetas, esperando a que asomaran... sin sospechar ni remotamente que debajo de sus pies había una familia entera de zorros comiendo y viviendo a su costa.

72



Pero no podían distraerse, porque su padre les advertía sin cesar:

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Ánimo! ¡Ya falta poco!

De pronto, oyeron sobre sus cabezas una voz profunda que decía:

—Hmm... ¿quién anda por ahí?

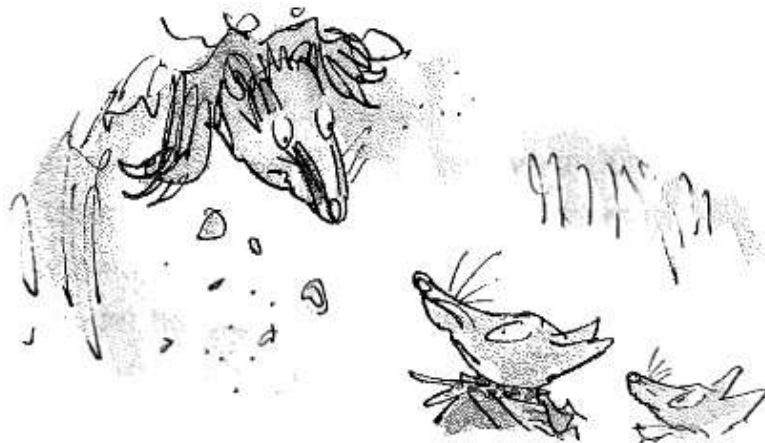
Miraron hacia arriba y pronto distinguieron, entre las tinieblas del túnel, los hocicos untuosos y afilados de su amigo...

—¡Tejón! —gritó don Zorro al reconocerle.

73

—¡Caramba, pero si es zorrete! —se alegró a su vez don Tejón. ¡No sabes lo contento que estoy de encontrarte! Llevo días y días cavando y la verdad es que no tengo ni idea de dónde estoy... —exclamó Tejón, que llegaba acompañado de su hijo.

Don Tejón dio unos pasos más para reunirse con sus amigos. Después de darse la pata, se contaron las últimas noticias:



—¡No sabéis la que han armado allí arriba! —decía don Tejón muy excitado—. ¡Eso

es el acabose! El bosque está lleno de hombres con escopetas, que no te dejan salir ni de noche... y de día, se dedican a destrozar la montaña con esas horribles máquinas... ¡La locura, vamos! Y para colmo de males, estamos sin comida, muriéndonos de hambre!...

—¿De veras? —sonrió don Zorro.

—¡Te hablo en serio! —gritó don Tejón—. Todos los animales que vivimos bajo tierra estamos igual: don Topo, don Conejo, con su numerosa prole... Incluso la comadreja, que ya sabes tú que se las pinta sola para salir de las peores situaciones, ha tenido que venir a vivir con nosotros. ¿Qué podemos hacer? Me parece, zorrete, que de ésta no salimos.

Don Zorro, impasible, seguía sonriendo, y sus hijos, que compartían su secreto, sonreían también.

—Bien, mi querido Tejón —dijo el zorro—, quiero que sepas que el culpable de todo este zafarrancho soy yo.

—¡Ya lo sé! ¡De eso me quejo! —gritó don Tejón fuera de sí—. Y sé también que los granjeros no abandonarán la caza hasta que no te tengan en sus manos. Y mientras tanto se dedican a destrozar a todo bicho viviente... —el pobre tejón se sentó junto a su hijo y añadió con voz resignada—: Mi esposa no podía ni moverse... la pobre estaba tan débil... ¡Estamos perdidos!

—¡Ánimo, tejón! —exclamó el zorro—. También mi esposa estaba muriéndose... y, en cambio, si la vieras ahora preparando unos deliciosos pollos...

—¡Calla, por favor, zorrete! —dijo don Tejón con voz lastimera—. No se bromea así con un muerto de hambre...

—¡Pero si es verdad! —gritaron todos a una los zorritos—. Papá no bromea... ¡tenemos pollos a miles!

—Y ya que todo ha sido culpa mía —continuó don Zorro—, he decidido convidaros a todos a un banquete: ¡habrá comida en abun-



76

dancia, para nosotros, para vosotros y para todos nuestros amigos!



—Ay, zorrete... ¿lo dices en serio? —le preguntó el pobre tejón.

Don Zorro se acercó a su amigo y con voz susurrante le dijo:

—¿A que no adivinas dónde hemos estado hace poco?

—Pues no... la verdad... —le contestó su amigo.

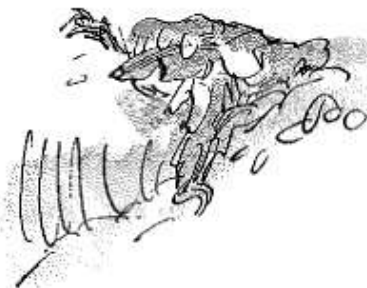
—¡Pues en el gallinero del mismísimo Bufón!

77

—¡No! —exclamó sorprendido el tejón.

—¡Pues sí! Pero eso no es nada comparado con lo que vamos a hacer ahora... Has llegado en el momento preciso, mi querido amigo... Nos puedes ayudar a cavar, con tus famosas zarpas. Y, mientras, tu hijo puede ser el mensajero —y volviéndose hacia el pequeño tejón, continuó—: Quiero que les digas a todos los animales subterráneos, que don Zorro los invita a una gran fiesta, que traigan a todas sus familias. Y cuando estén todos reunidos los conduces hasta mi casa.

—¡Sí, señor! ¡A sus órdenes, mi capitán! —exclamó el pequeño tejón, haciéndole un saludo militar. Y salió disparado por el túnel que había hecho su padre.



## Buñuelo y su superalmacén

—Dios mío —exclamó don Tejón, al percatarse de que a su amigo le faltaba el rabo—. ¿Quién te robó tu cola, zorrete?

—Verás, tejón —le contestó don Zorro—, ése es un tema para mí muy doloroso... así que mejor será no menearlo.

Mientras conversaban seguían trabajando en el túnel. Sólo que ahora, con la ayuda de don Tejón y sus poderosas zarpas, el trabajo era mucho más fácil. Avanzaban a gran velocidad y pronto toparon con unos tablones de madera parecidos a los anteriores.

79

—¡Ajaja! —exclamó el zorro, sonriendo aviesamente—. Si mis cálculos no me fallan, nos encontramos en estos momentos justamente debajo de la granja de ese redomado granuja llamado Buñuelo. Mi querido Tejón, justamente encima de nuestras cabezas penden los manjares más deliciosos que te puedas imaginar.

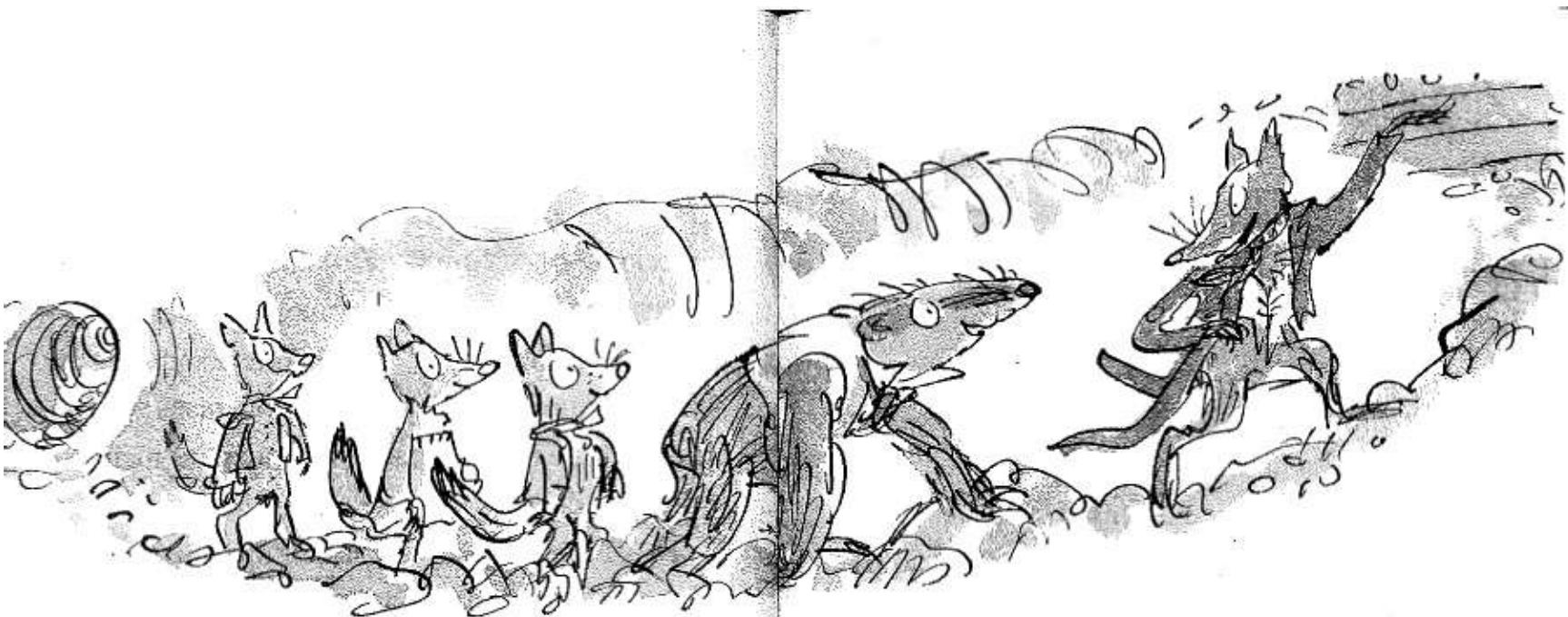
—¡Patitos tiernos! ¡Suculentos gansos! —se relamían los zorritos.

—¡Justamente! —dijo don Zorro.

—Lo que yo no entiendo —dijo el Tejón— es cómo demonios te has orientado para llegar hasta aquí.

—Muy fácil —le contestó el zorro—. Antes yo me conocía el terreno de los granjeros como la palma de la mano. Podía ir a cualquiera de sus granjas a ciegas. Pues bien, ahora hago lo mismo, sólo que por debajo de la tierra.

Con mucha cautela, don Zorro empezó a mover las tablas, hasta que se aflojaron. Entonces, levantando una de ellas, asomó la cabeza.



—¡Victoria! —gritó el zorro, entusiasmado con lo que veía—. ¡Lo conseguimos! ¡Hemos dado en el clavo, como siempre!

Pronto se reunieron los zorritos, con su papá y don Tejón, en una enorme habitación. Lo que sus ojos veían era tan maravilloso, que se habían quedado sin habla. Aquello era el paraíso de los zorros, de los tejones y de todo bicho viviente con buen apetito.

—¡Señoras y señores! —dijo el zorro haciendo el payaso—. Ante ustedes, los grandes

almacenes de don Buñuelo. ¡Observen y vean la calidad de su producto! ¡Compren, señores, compren!

En efecto, junto a las cuatro paredes de la habitación se amontonaban los más hermosos patos, los más succulentos gansos, a punto de ser llevados al mercado. De las vigas del techo colgaban filas y más filas de tiernos jamones, de deliciosos tocinos.

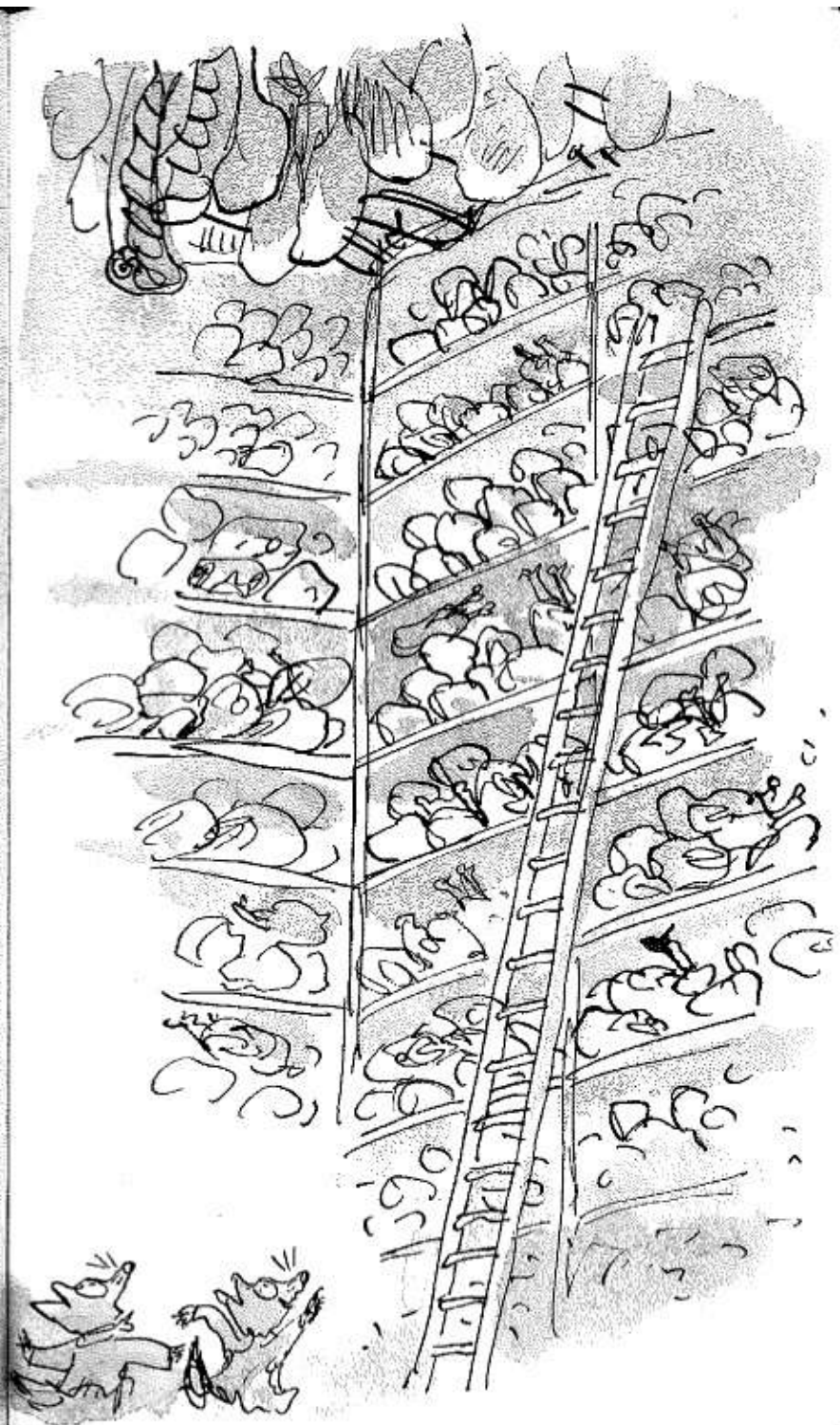
—¡Comed, comed con los ojos! —les decía el zorro. Y sonriendo añadía—: ¿Qué os parece la despensa de nuestro amigo Buñuelo?

A los zorrillos les pareció demasiado bien. De pronto, se lanzaron, junto con el hambriento tejón, a la caza del delicioso botín.

—¡Alto! ¡Alto ahí! —ordenó imperiosamente don Zorro—. Debo recordaros que soy yo el que da la fiesta y que por lo tanto me corresponde a mí escoger las piezas.

A regañadientes, los zorrillos y el tejón se retiraron. A todos se les caía la baba viendo a su padre husmear los jamones, sobando los patos, sopesando los gansos. ¡Qué hambre!

—¡No hay que perder la cabeza, muchachos! —dijo el zorro, volviéndose hacia ellos—. No hay que dejar ninguna pista, ninguna señal, ni la más pequeña huella o migaja... Porque si los granjeros se enteran de que hemos estado aquí, todo se habrá acabado...



84

Así es que vamos por partes... Lo primero en mi lista de compras son unos patos. ¿Qué os parecen estos cuatro hermosos animales? — dijo el zorro bajándolos de su percha—. Tejón, ven aquí y échame una mano... eso es... Vosotros, niños ayudadle a él... muy bien... Tocalos y veréis lo hermosos que están... no me extraña que al granuja de Buñuelo se los paguen extra en el mercado... son superpatos... Pero chicos... que se os está cayendo la baba... A ver tejón, alcánzame ahora unos gansos... creo que con tres tendremos bastante... Gracias, pero ¡que sean gorditos!... Hmmm... eso sí que es comida de reyes... pero con cuidado, con mucho cuidado... así me gusta y ahora sólo nos falta “comprar” los jamones... hmmm... jamón ahumado, lo que más me gusta del mundo... Traedme la escalera de mano, por favor... —don Zorro subió y bajó de la escalera con tres grandes jamones bajo el brazo—. Ah... se me olvidaba... se me olvida-

85

ba que el plato favorito de don Tejón es precisamente...



— ¡El tocino! — gritó el tejón sin poder contenerse—. Por favor, zorrete, deja que me lleve esa maravillosa loncha de tocino que pende de esa viga...

— Y zanahorias, papá — gritaron los tres zorritos —, ¡nos llevaremos también un saco de zanahorias!

86

—¿Para qué queréis zanahorias —les preguntó su padre—, si siempre os las dejáis en el plato cuando mamá las pone?

— ¡Pero si no son para nosotros! —exclamaron los tres—. ¡Son para los conejos que no comen otra cosa!

—Diablos... ¡tenéis razón! —dijo su padre—. Se me habían olvidado mis huéspedes. ¡Tomad dos sacos en vez de uno!

En un santiamén, reunieron todo el botín en el centro de la habitación. Los zorrillos lo contemplaban traspuestos, sus ojos hacían chiribitas...

—Y ahora —anunció don Zorro—, sólo nos falta transportar este botín a nuestra casa... ¿qué tal si le pedimos prestado a nuestro buen amigo Buñuelo esos dos carritos de la compra?

Dicho y hecho. Llenaron los carritos con las provisiones y los bajaron por el agujero hasta el túnel. Una vez que se reunieron todos

87

bajo tierra, el zorro, con mucho cuidado, volvió a poner los tabloncillos en su sitio, de forma que nadie se pudiera dar cuenta de que por allí habían entrado unos zorros...



Finalmente, papá zorro agarró por el pescuezo a dos de sus hijos y les dijo:

— Ahora, escuchadme bien... vais a llevar estos carritos a mamá y le vais a decir que esta noche tenemos invitados a cenar en casa.

¡La familia Topo, la familia Tejón, la familia Conejo y la familia Comadreja están invitadas a una gran fiesta! Le decís que se esmere con sus mejores guisos, y ¡que no me deje mal! Nosotros iremos pronto en cuanto hagamos un recadito... ¡ah!, y le dais un beso de mi parte.

— ¡Sí, mi capitán... digo, sí, papá! — y salieron zumbando los dos pequeños zorros, cada uno con su carrito.



## Las dudas de don Tejón

—¿A que no adivináis dónde vamos ahora? —preguntó el zorro.

— ¡Apuesto a que yo sí! —exclamó el único zorrillo que quedaba.

—¿Adónde?

— Bien... —dijo el zorrillo, meditando—. Hemos estado en casa del señor Buñuelo, y antes estuvimos en casa del señor Bufón... así es que... ¡sólo nos falta visitar a don Benito!

— ¡Exacto! —exclamó su padre—. Pero lo que todavía no sabéis es lo que vamos a buscar en casa del granjero Benito...

—¿El qué, papá?

90

—¡Ajajá! —exclamó el zorro—. Eso es un secreto, por ahora... ¡pronto lo sabréis!

Mientras, seguían abriendo túnel, guiados por las zarpas expertas de don Tejón. De repente, éste se detuvo y volviéndose hacia el zorro...

—Amigo zorro —le confesó—, estoy algo preocupado por lo que estamos haciendo.

—¿Y qué es lo que estamos haciendo, si puede saberse? —le preguntó don Zorro.

—Pues qué va a ser... ¡robar! —exclamó el tejón.

Don Zorro dejó de cavar y se volvió estupefacto hacia su amigo:

—Mi buen tejón... —comenzó el zorro—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Si tus hijos se están muriendo de hambre... ¿es que no piensas ayudarles?

Don Tejón asintió cabizbajo.

—A ti lo que te pasa —continuó el zorro— es que eres demasiado bueno.

91

—¿Y qué hay de malo en eso? —le preguntó el tejón.

—¡Nada... sólo que nuestros enemigos son demasiado malos! ¿Te das cuenta de que Benito, Buñuelo y Bufón nos quieren matar?

—Claro que me doy cuenta... —dijo el tejón con tristeza.

—Nosotros, en cambio, no queremos matarlos a ellos...

—¡Dios nos libre! —exclamó el buen tejón.

—Sólo pretendemos —continuó el zorro—, quitarles un poco de comida para alimentarnos nosotros y nuestras familias... ¿Qué hay de malo en ello?

—Supongo que nada —murmuró el tejón.

—¡Son ellos los que nos hacen la guerra! —exclamó el zorro—. ¡Nosotros somos animales pacíficos!

Por fin, el tejón se dio a razones, y en su cara se esbozó una amplia sonrisa:



92

—Sabes, zorrete —dijo por fin—, ¡que eres un tío grande!



—Y tú —le dijo el zorro— ¡eres la persona más buena que conozco! Pero ya está bien de darnos coba... ¡a trabajar se ha dicho!

Pocos minutos después, la zapa del tejón tropezaba con un objeto duro y contundente.

—Y esto ¿qué puede ser? Parece una tapia —dijo, mientras quitaba la arena del ta-

93

pial. Porque se trataba, en efecto, de una pared, pero no de piedra sino de ladrillo. De cualquier forma, les obstruía el paso, y no podían seguir.

—No comprendo —decía el tejón— a quién se le puede ocurrir hacer una pared bajo tierra...

—Muy sencillo —le contestó el zorro—. Se trata de una habitación subterránea... Y si no me equivoco, ya sé quién es el dueño de la tal habitación...